

Martín Alonso Zarza

Sangre, saña y saqueo

Primera parte

CTXT, 21 de noviembre de 2018.

*Ochenta (1938), cuarenta y cinco (1973) y diez años (2008)
después de las grandes operaciones económicas y políticas.*

A la memoria de Orlando Letelier.

A Clara Valverde y Ángel Martínez, en su combate.

“No se comprenderá cabalmente el Holocausto mientras no sea estudiado
como la operación
más determinada de latrocinio criminal de la historia moderna”.
Götz Aly (2007: 285).

“Los mayores mentirosos de este siglo ganaron los premios nobel de
economía”.

Boaventura de Sousa Santos, *El País*, 05/11/2018.

“[...] el poder, la codicia y la gloria de Wall Street”.
Who's who and what's what on Wall Street, 1998, p. ix.

La anécdota, digámoslo así, de la decisión del Tribunal Supremo de revertir una decisión anterior de una de sus salas sobre las hipotecas –que perjudicaba a los bancos– es el síntoma de una categoría. La indignación que ha provocado resuena en un sentimiento muy extendido que tiene que ver con la creciente desigualdad, incluida la legal, a resultas de la crisis. En su condición de categoría, y con las modulaciones necesarias, esta anécdota conecta con otras como la de los másteres fraudulentos o, en un registro próximo, el cambio de opinión del Gobierno en relación con la exportación de armas a Arabia Saudí. Seguramente el prototipo narrativo que mejor encarna la categoría es la reversión de la intención de reformar el capitalismo como primera reacción a la crisis financiera de 2008, a la captura de la democracia por un capitalismo extremadamente robustecido, entre otras cosas, por el dinero público de los rescates. Que los fondos del Estado sirvieran –por añadir una anécdota más, si se confirman los datos de Villarejo– para financiar la obstrucción a la justicia por un caso de corrupción (Gürtel) ilustra bien el fenómeno que aquí quiero analizar y que es algo más que la puerta giratoria: se trata de la simbiosis entre la economía y la política, o por ser más precisos de la fagocitación del zócalo institucional de la democracia por la ortodoxia monetarista hegemónica. No se trata de algo novedoso. El objeto de este artículo es indagar la plausibilidad de un hilo de continuidad, desde el prisma del impacto sobre la médula de la democracia, entre los tres momentos separados del presente por los años del título: 1938, 1973 y 2008.

A principios de los noventa, Mike Godwin formuló la ley epónima según la cual, a medida que se alarga una discusión digital, la probabilidad de que se mencione a Hitler tiende a 1. Esta ley es congruente con la omnipresencia del nazismo y su emblema, el Holocausto, en la esfera cultural. Y lo es, sobre todo, con la lectura reduccionista del nazismo en clave ideológica (nativismo, racismo). Se trata de una visión reduccionista porque el Tercer Reich fue igualmente un programa a una escala desconocida de una

forma de redistribución muy alejada de la acepción habitual. La disociación entre estos dos aspectos, la irracionalidad de la mística de la sangre y la racionalidad de la maximización del beneficio, constituye, por un lado, un elemento decisivo de la estrategia discursiva dominante en el estudio del nazismo y, por otro, una tendencia continuada a enmascarar los ataques a la igualdad en excipientes ideológicos esencialistas. Lo que trataré de articular aquí es que hay una conexión estrecha entre el irracionalismo nativista y el racionalismo economicista, entre la mística de la sangre y la mistificación del fundamentalismo del mercado. La mirada superpuesta a estos tres momentos tratará de buscar sustento a esta línea argumental.

1938. El nativismo racista como pantalla del latrocinio nazi

La motivación original de este escrito tiene que ver con el fetichismo de las efemérides y las casualidades de las lecturas. Hace unos meses el escritor norteamericano argentino Uki Goñi¹, al calor de las imágenes del año pasado en Charlottesville (Virginia) en la que aparecían supremacistas blancos cantando *sangre y suelo* en una manifestación, evocaba un mitin del 27 de noviembre de 1938 –los 80 años de la primera cifra del título, que son también los 80 años de la *Kristallnacht* (Noche de los cristales rotos) de tres semanas antes– a cargo de Richard Walther Darré, el teórico de la *Blut und Boden* (‘sangre y suelo’), delante de un escenario con las insignias alusivas, una espada y una espiga superpuestas sobre la cruz gamada. Darré fue una pieza central de la cúpula nazi y el responsable de la concepción racial que se materializó en la *Lebensborn*. Colaboró con Himmler en la configuración de la Oficina Central para la Raza y el Asentamiento. Hitler, impresionado por el movimiento *Blut und Boden*, le nombró ministro de Alimentación y Agricultura en 1933. Darré fue condenado en los juicios de Núremberg por expropiación de tierras y por reducir a esclavitud a cientos de campesinos judíos y polacos. Murió en 1953, de cáncer según unas versiones, de alcoholismo según otras.

Como ocurre nada excepcionalmente en estas reivindicaciones de pureza, Richard había nacido Ricardo –Ricardo Walther Óscar, era su nombre completo– en Belgrano (Buenos Aires), su padre era un comerciante alemán de ascendencia hugonote francesa y su madre sueca-alemana-española. Todo un ejemplo de pureza aria. Como la propia doctrina. En esos años Argentina era la despensa del mundo por la abundancia de carne y cereal de las llanuras de la pampa. En su *Neuadel aus Blut und Boden* (*Nueva nobleza de sangre y suelo*) (1930; en 1936 volvería sobre el tema con *Blut und Boden ein Grundgedanke des Nationalsozialismus*, publicado por la editorial del Reich) Darré traslada los métodos de selección en la cría ganadera al terreno racial para producir una raza aria pura de seres humanos perfectos, especiales (*Sonderweg*) y superiores.

Las afinidades entre Darré y Himmler no eran solo las de la mística de la sangre y el suelo o la *Ahnenerbe* (Sociedad para la Investigación y Enseñanza sobre la Herencia Ancestral Alemana), sino la eficiencia y la rentabilidad. En *Recursos inhumanos* –una expresión que evoca esta misma motivación de racionalidad– cuenta Fabrice D’Almeida que Himmler trasladó a la gestión de la Orden Negra su experiencia de empresario de una granja de pollos. Hitler no tuvo ninguna experiencia parecida pero sus lecturas de las novelas muy populares de Karl May de la conquista de los vastos espacios del Oeste americano fueron ingredientes de su alucinación de la conquista del Este alentada por ese tropo tan nativista del *Lebensraum*; la versión mística de la política de la oferta². La invasión de la URSS respondía a esta pieza del imaginario que hacía del Volga el Mississippi de Alemania, como recuerda Adam Tooze.

Significativamente, el juicio sobre las contribuciones de Darré ha preferido la atribución –digamos romántica– de sangre y suelo, a aquella que pondría el énfasis en el registro predatorio del expolio. En cambio aquí voy a seguir una línea de interpretación diferente, representada básicamente por los historiadores Götz Aly, Adam Tooze y Fabrice d’Almeida³. Los dos primeros, alemán y británico respectivamente, ponen el énfasis en la economía y subrayan el peso de la racionalidad económica en el expolio; el segundo, francés, da cuenta de cómo las medidas económicas modelan los usos sociales de la elite beneficiaria principal del expolio.

Aly desafió dos ideas en boga en esos mismos años 90 en que la narrativa del Holocausto inundaba las ondas: en primer lugar, la tesis de que Auschwitz resultaba refractario a la explicación; en segundo lugar, aquella que presentaba como factor determinante la variable ideológica resumida en la cosmovisión irracional racista y antisemita. Los autores a los que seguiré optan por una explicación utilitarista, una de las expresiones de la racionalidad, de Auschwitz. D’Almeida (p. 167) resume este sentir en la explicación de un chiste que circulaba en Berlín el año del mitin de Darré:

- ¿Sabes quién es la persona más buscada hoy en Alemania?
- La abuela no aria para cobrar finalmente la herencia.
- No, hombre, la bisabuela no aria, porque cobras la herencia y te evitas los problemas.

El sentido común resumía la transferencia del lujo y el poder que se estaba produciendo en Alemania. Expresaba sobriamente hasta qué punto el interés se insinuaba detrás de la ideología, y hasta muchas veces la precedía.

El utilitarismo no es la única expresión de la racionalidad. Racionalización, planificación, modernización o eficiencia eran elementos nucleares del discurso nazi. De la misma manera que contó con un nutrido grupo de expertos y académicos de distintas ramas del saber –por ejemplo, los doctores nazis estudiados por Robert Jay Lifton– que al imprimir un marchamo de racionalidad a los designios nazis les dotaron de legitimidad. Cabría subrayar el papel del ramo asociado a la raza, donde no faltó el apoyo de distinguidos exponentes de la antropología norteamericana; lo mismo que IBM desde la vanguardia tecnológica. El *Lager* mismo no era una excrecencia sino que, escribe D’Almeida en *Recursos inhumanos*, formaba parte “de la experimentación social y de la creatividad política”. Los arquitectos de la aniquilación, según la frase que sirve de título a otro libro de Aly, estaban repartidos entre los distintos estamentos del saber teórico y aplicado. Obviamente la justificación última es de orden ontológico: el valor supremo de la raza aria presentaba al judío como un problema patológico que amenazaba la salud del cuerpo nacional germánico, según la concepción orgánica. De ahí la omnipresencia del lenguaje de la higiene. Mientras que la superioridad justificaba tanto el expolio de tierras extranjeras como la sumisión de sus habitantes. Estas concepciones, tan halagadoras para la autoestima, son las que explican la popular acogida, motivada por la seducción de una lógica populista que racionalizaba el expolio como tributo debito a los merecimientos de la raza más valiosa⁴. Mientras que, paralelamente, se construía la figura antagónica: las vidas indignas de ser vividas solo útiles para ser explotadas. Superhombres e infra hombres. Todas las concepciones supremacistas convierten los privilegios en derechos.

Tooze observa la lógica del trueque que se desprendía de esta diferencia de estatus y que provocó la hambruna impuesta a las poblaciones conquistadas en provecho de la población alemana, del *Volkstaat*, según el título de Aly en el original. Se acude a

explicaciones de corte providencialista para dar cuenta de esas prácticas de latrocinio. En esto Auschwitz no desentona de una línea de continuidad que ha sido señalada por los estudiosos, de Bauman a Lindqvist. En *Exterminad a todos los salvajes* (Turner, 2004), recuerda este último la fórmula de Daniel Denton en 1670:

Cuando los ingleses llegan a establecerse, una mano divina les despeja el camino erradicando a los nativos o segándolos o bien por medio de guerras internas entre las tribus o bien por medio de alguna enfermedad mortal.

Dos siglos después en *Social Statics* (1851) Heribert Spencer invoca una providencia laica, darwiniana:

Las fuerzas que operan dentro del gran esquema de la felicidad perfecta, sin tener en cuenta los sufrimientos secundarios, exterminan a los sectores de la humanidad que se interponen en su camino... Sea un ser humano o un animal, el estorbo debe ser eliminado. Así como el salvaje ha tomado el lugar de las criaturas inferiores, también debe él, si ha permanecido demasiado tiempo en su condición de salvaje, ceder el sitio a su superior.

Interesa recordar la fibra de estos argumentos porque la encontraremos, pese a su sofisticado enmascaramiento, en las legitimaciones economicistas del austericidio. Un estado de cosas que se refleja en el espejo nazi también –sobre todo– en el ángulo inferior: el nazismo fue entre otras cosas un ejercicio brutal de acumulación y concentración de recursos.

El enfoque de Götz Aly sobre el nazismo coincide en muchos puntos con el del historiador de Cambridge, Adam Tooze. En *The wages of destruction* este autor se propone el análisis simultáneo de la racionalidad económica y la irracionalidad ideológica del nazismo, una visión que recuerda la tesis clásica de Jeffrey Herf sobre el modernismo reaccionario. La figura del *Lebensraum* ilustra bien esta dualidad: es a la vez un fantasma racista sobre un espacio que debe ser desalojado primero y colonizado después, y la promesa de un botín suculento. En pos de esa empresa estaba desde luego la élite política pero también la gran patronal, una parte de la cual se benefició de los enormes retornos de capital permitido por Hitler en la industria del armamento, que se aupó al epicentro del poder. Como Aly, Tooze hace de la economía la clave interpretativa del régimen nazi.

No hace falta decir que la fobia antisemita no impidió a muchas familias alemanas vivir en casas expoliadas a judíos o usar los enseres robados o negociar con ellos, como las obras de arte. Tampoco, como cuenta D’Almeida en *Recursos inhumanos*, los escrúpulos impidieron que algunos SS destinados en los campos pasaran el tiempo coleccionando trozos de víctimas, cráneos y huesos. El refuerzo social de unas relaciones humanas estrechas y un modo de vida compartido entre las elites arianizadas neutralizaba toda posibilidad de cuestionamiento. El libro de D’Almeida da cuenta de cómo se concretaban en el plano micro los designios estratégicos nazis. Y una de las funciones del modo de vida era precisamente autojustificadora desde “la visión según la cual el fuerte puede utilizar y despojar alegremente a los débiles y a los vencidos” (p. 298). La mirada desde hoy hace difícil aceptar que la “catastrófica utopía” que representaba el nazismo fue “tremendamente movilizadora, y su eco cautivador aún atormenta a nostálgicos e ignorantes” (p. 350). Ya entonces sedujo a propios y extraños, incluyendo a numerosos diplomáticos extranjeros.

No tengo conocimiento de trabajos sobre el nacionalcatolicismo y el franquismo elaborados desde la óptica sobre el nazismo aquí utilizada. Desde luego el empeño del

cardenal Gomá de presentar la Guerra Civil como una cruzada y negar su carácter de lucha de clases se parece a la justificación por negación (*non petita*) y el elemento de disciplinamiento de la movilización de las clases populares en el contexto de la “cuestión social” es evidente. Pero no es difícil encontrar indicios de las prácticas depredatorias. Hace poco nos enterábamos de que dos estatuas del Pórtico de la Gloria aparecen ahora en manos de la inmobiliaria Pristina SL, propiedad de la familia Franco (*El País*, 16/10/2018). Que sigue siendo propietaria del Pazo de Meirás. Y todavía permanece en la memoria colectiva de los joyeros gallegos el temor a la visita de Doña Carmen Polo. Aunque parece que el franquismo no cultivó los rituales glamurosos que daban solidez corporativa a la élite nazi, hay desde luego elementos suficientes para constatar la vigencia de las prácticas predatorias. Me limitaré a señalar aquí tres de orden inmaterial y muy distinto. Una es la que desposeyó a buena parte de los intelectuales republicanos de sus plazas docentes y de investigación, el “atroz desmoche”⁵. La otra es mucho menos visible, también porque el machismo ambiente impedía verla en su dimensión justa: las diferentes formas de atropello sexual de las mujeres de familia de republicanos⁶. La tercera remite al estrato profundo de la justificación religiosa del “totalitarismo divino”, la apropiación del brazo de Santa Teresa, cuya protección en tanta que *Santa de la Raza* invocaba el Generalísimo⁷. El cato-integrismo (TradFest, Vigilare, Tradición Familia y Sociedad) con fuerte implantación hoy en países como Croacia o Polonia se inscriben en ese registro

1973. La cabeza de puente

En el artículo citado, Uki Goñi ofrece una observación en la dirección de estas líneas: “Cada país produce su tipo particular de totalitarios asesinos. Lo que descubrí en Argentina es que la presencia de los nazis normalizó su ideología y debilitó las defensas democráticas de la sociedad contra las ideas totalitarias que representaban. Ver las banderas nazis en las calles de Charlottesville el año pasado; y volver a verlas en Washington DC este año, me lleva a pensar qué diferente es la América de hoy del país en que nací y crecí. Me hace pensar cuánto se ha extendido tal normalización ya en EE. UU.”. En el apartado siguiente, “2008. Oscurantismo y expolio en el catecismo neoliberal”, recalaremos en el presente. En este nos quedamos a medio camino entre la actualidad y el Tercer Reich, las dictaduras del Cono Sur representadas por la Junta argentina y el golpe de Pinochet en los años 70.

La continuidad del nazismo tiene en este punto soporte biográfico: fueron muchos los nazis que llegaron ilegalmente a estos países apoyados por el Vaticano y Suiza. (No solo; en el puerto de Barcelona había una unidad nazi que facilitaba la huida de sus colegas, según cuenta Goñi)⁸. Lo que no es ajeno a la seducción de los años de Hitler. Es el caso de Perón, quien habría declarado: “Me cortarían la mano antes de romper relaciones con el eje” La aproximación argentina al nazismo fue más ideológica que económica. Durante la guerra el país era formalmente neutral pero resultaban patentes las simpatías hacia Hitler, quien era visto desde las posiciones nacionalistas como un cruzado contra el comunismo, el capitalismo y el materialismo y un defensor del catolicismo. La afinidad entre Iglesia y Ejército se estableció entonces –en 1944 la Virgen María fue nombrada general y sus estatuas aparecían con las fajas distintivas– y se manifestó con toda claridad en la complicidad de la primera, muy cercana a los dictadores, tanto en Argentina como en Chile. Una complicidad de alargada sombra. En 1974, dos años antes del golpe, el ministro de Educación Oscar Ivanissevich, de origen croata y tendencia reaccionaria –su hermana y un sobrino habían ayudado a establecerse en Argentina a criminales nazis– se propuso llevar a cabo una purga en la universidad; con esas miras nombró rector a Alberto Ottalagano, un devoto de Hitler que tituló su

autobiografía *Soy fascista, ¿y qué? Una vida al servicio de la patria*. Ivanissevich había creado un eslogan, aparentemente para disminuir el ruido del tráfico, que se hizo tristemente célebre por aparecer de forma prominente en una de las pancartas de la ESMA: “El silencio es salud” (otra decía: “Avenida de la felicidad”). La dictadura argentina aportó su propio léxico al diccionario del horror; desde la recuperación del eslogan “Noche y Niebla”, a la invención de “desaparecido”; por no hablar de prácticas como los vuelos de la muerte o el robo de bebés. Sin olvidar la quema de libros⁹. Dos elementos a destacar en la mentalidad de los ejecutores: el victimismo –de un enemigo alucinado– y el mesianismo –su objetivo era salvar la civilización occidental y cristiana–. La limpieza de enemigos –30.000 “desaparecidos”– estaba justificada por esta visión. Y una constante en los planos de esta figura replicada: el apoyo a la dictadura fue entusiasta entre las elites, que –recuerda Goñi– consideraban de mal gusto hablar de los “desaparecidos” y de otros avatares de la guerra sucia.

El núcleo argumental de este apartado se encuentra en el Chile de Pinochet. El éxito del golpe contra Allende fue el resultado de la acción combinada de la CIA, del ejército chileno apoyado por las elites, así como –de interés para la proyección hasta hoy– de buena parte de las clases medias y de los *Chicago Boys*. Walden Bello, profesor de sociología en Princeton lo resume bien a la vez que añade el efecto perspectiva¹⁰: “El peligro de una clase media inflamada, que veía amenazados su estatus y sus intereses desde abajo, impulsándola a una posición contrarrevolucionaria que fue inducida pero no manipulada por la elite, quedó confirmado mientras leía sobre los acontecimientos que llevaron a Mussolini y a Hitler al poder”. Subraya Bello el papel de la dinámica de clases, con la alianza entre élites y sectores de la clase media unidos por el miedo a las reivindicaciones de justicia e igualdad de los sectores pobres. El sociólogo aprovecha el dato para impugnar la tesis de S. M. Lipset en el sentido de considerar a la clase media como una fuerza democratizadora y observa que puede funcionar en esa dirección y también en la contraria, aliarse con las clases bajas contra las élites y con estas contra aquellas. El caso chileno presenta igualmente un elemento extrapolable: la clase media que hizo posible el triunfo de la reacción acabó convirtiéndose en víctima de la contrarrevolución.

En un trabajo imprescindible –y enormemente simbólico porque su autor murió un mes después de su publicación asesinado por la DINA, con ayuda de la CIA, en EE.UU. el 21 de septiembre de 1976–, Orlando Letelier señala el impacto negativo de las políticas económicas impuestas sobre las clases medias y las pequeñas y medianas empresas¹¹. Pero el foco de Letelier va mucho más hondo y señala el protagonismo de los *Chicago Boys* autóctonos con la bendición y el apoyo expreso de Milton Friedman. El patriarca del monetarismo y mentor económico de Thatcher y Reagan –recordemos los acordes pretrumpianos del último: *America is back*– había escrito en *Newsweek* (14/06/1976): “a pesar de mi profundo desacuerdo con el sistema político autoritario de Chile, no considero que esté mal que un economista proporcione asesoramiento económico al gobierno de Chile, como tampoco consideraría negativo que un médico proveyera asesoramiento clínico al gobierno de Chile para ayudarlo a terminar con una plaga médica”. Fue Friedman quien recomendó como “única medicina” para la economía chilena un “tratamiento de shock” (*El Mercurio*, 23/03/1975). (No sé cuánto de versado estaba el economista respecto al nazismo y sus epígonos pero parece que no mucho por la elección de la analogía higiénica). Precisamente una de las prioridades de la junta no era otra que “la destrucción del cáncer marxista”; la segunda, la adopción de una economía privada libre y el control de la inflación según la receta monetarista de Friedman. Pero, es obvio, que las recetas económicas no limitaban su influencia al

aspecto técnico sino que sirvieron de andamiaje legitimador al régimen, de modo que resultan inseparables de su legado de terror. Vale la pena citar los compases finales de Letelier: “Mientras que los *Chicago Boys* han proporcionado una apariencia de respetabilidad técnica a los sueños de *laissez-faire* y a la codicia política de la vieja oligarquía terrateniente y la alta burguesía de los especuladores monopolistas y financieros, los militares proveyeron la fuerza bruta necesaria para conseguir esos objetivos. La represión de las mayorías y la libertad económica para los reducidos grupos de privilegiados son dos caras de la misma moneda en Chile. [...] Por tanto resulta absurdo que quienes inspiran, apoyan o financian esa política económica pretendan presentar su contribución como restringida a consideraciones técnicas, a la vez que dicen querer rechazar el sistema de terror que ella requiere para tener éxito”.

Además, la posición de Friedman rimaba en consonante con la política norteamericana. En una reunión convocada para atajar la extensión de la infección –de nuevo las metáforas higiénicas– el presidente Nixon y su asesor de seguridad y luego secretario de estado, Henry Kissinger, indicaron al director de la CIA Richard Helms, que era necesario “crujir a la economía chilena” (*make the economy scream*). Se atribuye a Kissinger una frase que resumiría el meollo de la escolástica neoliberal: “Si hay que elegir entre sacrificar la economía o la democracia, hay que sacrificar la democracia”¹².

La primera ministra Margaret Thatcher, apologeta de Pinochet y discípula aventajada de Friedman, formuló el dogma del pensamiento único: *There is no alternative*, TINA, en sus siglas. Como los generales del Cono Sur, la mandataria británica jugó fuerte la carta del nacionalismo en las Malvinas: la victoria le proporcionó el capital de prestigio necesario para... crujir a los sindicatos, mientras seducía a la clase media con el anzuelo del capitalismo popular, una fórmula afín al populismo.

Sin embargo, la compañía de Pinochet no resultaba de todo grata. La fuerza bruta no es estética. Los nuevos arios no tenían la imagen chirriante del uniforme y las botas ni la épica de desfiles y banderas. Bastaba con reconfigurar el poder en el nuevo formato de poder blando, si bien en estos mismos momentos el anticomunismo de la Guerra Fría proveía las proteínas ideológicas necesarias para alimentar la retórica. La Comisión Trilateral (CTL) fue el instrumento diseñado para construir el nuevo argumentario¹³.

La CTL fue fundada por David Rockefeller, quien encomendó su presidencia a [Zbigniew Brzezinski](#), luego Consejero de Seguridad del Presidente Carter –a cuya promoción había decisivamente contribuido–. El documento fundacional de la CTL es una pieza central en la definición de un nuevo marco que supone la ruptura del contrato social de la postguerra. No fue obra de economistas sino de dos sociólogos y un politólogo¹⁴. En él se dicta un diagnóstico perentorio: “la feliz coincidencia de circunstancias favorables a la democracia [de los últimos 25 años] ha llegado a su fin” (p. 158). Asistimos a una degeneración del sistema que lleva a una “democracia anómica”, “enferma de moquillo”, consecuencia del “funcionamiento satisfactorio del sistema”, que se ha traducido en un declive en el liderazgo norteamericano. La lucha por la igualdad, el crecimiento de la participación política, las fuertes tensiones sociales y la fragilidad de los gobiernos democráticos a la hora de soportar las presiones del electorado (p. 161): en eso consiste la crisis de la democracia. Los expertos comisionados por Brzezinski no sugieren un *aggiornamento* de las instituciones democráticas para hacerlas capaces de responder a las nuevas demandas, sino unas medidas encaminadas a aliviar la “sobrecarga ejercida sobre el gobierno y la expansión del papel del gobierno en la economía y la sociedad”, sobrecarga atribuida a la “incapacidad y reluctancia (*unwillingness*) de los líderes políticos más destacados a

rechazar las demandas procedentes de colectivos sociales numérica y funcionalmente importantes” (p. 164). Encontramos en este texto la motivación para dos acciones complementarias: la destrucción de los actores responsables de la sobrecarga y la reducción de la capacidad de maniobra del Estado. La premier británica, Thatcher, cumplió en los dos frentes de la agenda, siendo una adelantada en la liberalización de capitales y en el desmochado de la clase obrera, medicinas administradas con el edulcorante nacionalpopulista.

Los últimos años de la década confirmaron la seriedad de la captura, una tendencia favorecida por la caída del Muro, que significaba que el capitalismo reinaba sin contrincante. Vale la pena citar tres detalles para ilustrar el aserto. El mismo año del final del comunismo ve la luz el Consenso de Washington, una suerte de receta económica que tenía entre sus principios activos estos: liberalización, privatización, desregulación y seguridad jurídica –imaginemos de quién–. La asunción de estos postulados por la socialdemocracia da lugar a la llamada “tercera vía”, que, hoy podemos decirlo, como la clase media chilena, ha sido englutida por las consecuencias de las políticas liberales que abrazó. El campeón de la “tercera vía” fue el hoy plutócrata Tony Blair, quien el primer año del siglo liberó a Pinochet, detenido en el Reino Unido desde 1998. El ministro del Interior, Jack Straw, alegó años después presiones fuertes. Entre ellas la de Margaret Thatcher... y las filtraciones del apoyo chileno a la dama en la guerra de las Malvinas. La devolución del dictador era una contraprestación. Nada contaron los 3.000 muertos y desaparecidos, los más de 27.000 torturados. Otra vez las puertas giratorias.

En esos años finales del siglo, mientras los politólogos se afanaban en los avatares de la transitología (¡sic transit...!) el fundador de la CTL señalaba la luna: “Los últimos años han conocido en muchas partes del mundo una tendencia hacia la democracia y las economías de mercado. Esto ha reducido el papel del gobierno, que es algo que el mundo de los negocios aplaude. Pero la otra cara de la moneda es que alguien tiene que ocupar el lugar del gobierno, y los negocios me parecen ser una entidad lógica para hacerlo”. Aquí está la hoja de ruta que convertiría a la política, según las necesidades, en ariete, disfraz, proxeneta o patio trasero del poder económico; es decir, de la élite de los negocios. Tras la caída del Muro, ya no era necesario contraponer democracia y economía, sino que ambas caminaban, al parecer, en una suerte de *pas à deux*, como formuló paradigmáticamente un Fukuyama con veleidades neocon. Pero lo que subyacía a esta visión es que democracia y economía no podían dissociarse porque se hizo de la escolástica neoliberal el corazón de la definición de la democracia. Con las consecuencias que conocemos. El final de la historia era esto. Solo faltaba una crisis para dejar atrás la fase experimental. Lehman Brothers, 35 años y cuatro días después de que los tanques de Pinochet atormentaran las alamedas, sirvió para ello. Anteayer.

[...].

1. Uki Goñi, «‘Silence is health’: how totalitarianism arrives», *The New York Review of Books*, 20/08/2018.

2. Para una lectura en las dos direcciones: Carroll P. Kakel III, *The American West and the Nazi East: A Comparative and Interpretive Perspective*, London, Palgrave Macmillan, 2011.

3. Götz Aly, *Hitler’s beneficiaries. Plunder, racial war, and the Nazi welfare state*, New York, Metropolitan Books, 2007. Fabrice d’Almeida, *Los pecados de los dioses. La alta sociedad y el nazismo*, Madrid, Taurus, 2008. De este último autor, también, *Recursos inhumanos. Guardianes de campos de concentración, 1933-1945*, Madrid, Alianza, 2013. Si no se indica otra cosa las referencias serán al

- primero de ellos. Adam Tooze, *The wages of destruction: The making and the breaking of the Nazi economy*, London, Allan Lane, 2006.
4. Alantair Hamilton, *La ilusión del fascismo*, Barcelona, Caralt, 1973. Peter Reichel, *La fascinación del nazismo*, Paris, Odile Jacob, 2011. Jesús Casquete, *Nazis a pie de calle. Una historia de las SA en la República de Weimar*, Madrid, Alianza, 2017.
 5. Jaume Claret, *El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española en el franquismo, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006. Esta desposesión había sido prefigurada por escritos como *Los intelectuales y la tragedia española*, del médico Enrique Suñer (Burgos, Editorial Española, 1937), en que se invocaba la autoridad de los Protocolos de los sabios de Sión (p. 196).
 6. Merece la pena recordar en esa dirección al Centro para la Investigación y la Memoria: Mujeres, Memoria y Justicia, que ha organizado un curso titulado «Entre el silencio y el olvido. Los crímenes de género durante el franquismo y su influencia actual» en la UCLM este mes de noviembre. Y como testimonio primario de ello este relato de una testigo: «La detuvieron el día 1 de septiembre de 1942. La tuvieron en la cárcel de Laviana hasta el día que de allí la sacaron a Rioseco, donde estuvo dos días, lo suficiente para que ese criminal y degenerado del capitán Bravo... hiciera de ella lo que le vino en gana. La violó, le dio palos hasta dejarle el cuerpo negro, le quemó los pechos y algunas partes más del cuerpo pidiéndole una pistola». La víctima prometió entregar la pistola que no tenía para librarse de las torturas, cuando estuvo libre se suicidó. Enesinda García Suárez, *Mi infancia en el franquismo. Tiraña, Asturias, 1938*, Oviedo, Cambalache, 2018, p. 48.
 7. Julián Casanova, *La Iglesia de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2001, pp. 205 y 269.
 8. Uki Goñi rastrea estos detalles en *La auténtica Odessa*, Barcelona, Ariel, 2017. Nueva edición aumentada.
 9. Marguerite Feitlowitz, *A Lexicon of Terror. Argentina and the Legacies of Torture*, New York, Oxford University Press, 1998.
 10. Walden Bello, «How middle-class Chileans contributed to the overthrow of Salvador Allende» (<https://www.thenation.com/article/how-middle-class-chileans-contributed-to-the-overthrow-of-salvador-allende/>; 21/09/2016).
 11. Orlando Letelier, «The Chicago Boys in Chile: Economic freedom's awful toll», *The Nation*, 28/08/1976 (<https://www.thenation.com/article/the-chicago-boys-in-chile-economic-freedoms-awful-toll/>).
 12. En 2010 fueron entregados al Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Santiago de Chile más de 20.000 documentos desclasificados en Estados Unidos que confirman la implicación directa de este país en el golpe contra Allende.
 13. He tratado este asunto en «Las garras del poder medio», *Claves de Razón Práctica*, n.º 229, 2013, pp. 48-59.
 14. M. Crozier, S. P. Huntington y J. Watanuki, *The Crisis of Democracy. Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*, New York, New York University Press, 1975.